

é indemnizó á los infelices rodios de las extorsiones de Casio, cediéndoles las islas de Andros, Tenos y Naxos, y la ciudad de Mindos, comenzó, con gran benignidad respecto de las personas y de las vidas, la obra de las nuevas, colosales é impremeditadas exacciones contra los provinciales y vasallos, hasta que las leales reclamaciones del abogado Hibreas de Milasa le dieron pretexto á fines del año 41 para proceder con gran dureza, después que hubo obtenido 200,000 talentos del Asia. La fatalidad, sin embargo, se apoderó de Antonio, presentándosele en la forma de la mujer mas hermosa de aquellos tiempos, de Cleopatra, la reina de Egipto. Habiendo Antonio establecido en la ciudad cilicia de Tarsos su cuartel general, al cual debían acudir los distintos vasallos del reino para justificar su conducta respecto de los republicanos, y para comprar la gracia del imperator, citó para ante su tribunal á la reina Cleopatra, ignorando todavía que esta habia sido siempre adicta á los cesarianos y que solo el poder superior de los republicanos le habia impedido abrazar públicamente el partido á que se sentia inclinada. Esta princesa, que se encontraba en toda la plenitud de su belleza y que conocia las debilidades de Antonio, concibió el astuto plan de hacerle esclavo suyo y de asegurar y realzar su situacion personal y la de su reino. Al presentarse en Tarsos con pompa fantástica y deslumbradora, consiguió hechizar instantáneamente á Antonio, comenzando entonces el segundo reinado de la reina de la coquetería sobre uno de los señores del Estado romano. Solo que Marco Antonio se rindió á los atractivos de la hija de los Lágidas de un modo mas funesto que en otro tiempo César, el cual nunca dejó que el amor se sobrepusiera en él á los cuidados del gobernante. Cuanto menor era la fuerza de Antonio para dominarse á sí mismo y subordinar sus pasiones á la política, tanto mas seguro fué el dominio que sobre él adquirió la egipcia, á quien á su modo verdaderamente amaba. Cleopatra, en cambio, que superaba á Antonio en educacion, talento y fuerza de inteligencia, y en cuyos actos apenas intervenia el corazon, fácilmente consiguió con sus encantos y su coquetería encadenar cada vez mas completamente á Marco Antonio. La reina que sentia toda la sed de venganza y la brutal crueldad de los de su familia, consiguió que Antonio mandara asesinar á Arsinoe, hermana de Cleopatra, á quien esta profesaba odio mortal, y á otras personas por ella odia- das, y le indujo á seguirla á Alejandria, una vez terminados los asuntos de Siria. Allí comenzaron las brillantes fiestas, en las cuales las artes egipcia y griega desplegaron los mas muelles y refinados placeres de un modo hasta entonces no conocido por Antonio, que llegó á dejarse embriagar por ellos. La licenciosa vida de aquella real pareja, universalmente conocida, llegó á su colmo antes de la guerra que por última vez habia de decidir de la suerte del mundo romano.

XIV.—GUERRA DE LOS PARTOS. LOS TRATADOS DE BRINDIS Y DE MISENO. AGRIPA EN LAS GALIAS

El imperator no pudo festejar durante mucho tiempo á su bella y amada egipcia. El llamamiento bélico que hizo su partido desde los muros de Perusa resonó hasta las márgenes del Nilo. Además, entonces se encendió de nuevo la guerra contra los partos. Los republicanos, después de la batalla de Filipos, habian intentado ganar para su causa á Oródes, rey de los partos, el cual les habia enviado un pequeño ejército de auxilio. Cuando en Ctesifonte se recibieron las fatales noticias de Macedonia, era caudillo de la embajada republicana, el joven Labieno, que en su odio contra los cesarianos, excitó á los partos á aprovechar la ocasion que se les ofrecia, y á llevar la guerra á las provincias asiáticas de los romanos, débilmente sostenidas por estos é irritadas por las

vejeciones de Antonio, conquistando si era posible la Siria, á donde les llamaban algunos enemigos del imperator romano. A fines del año 41, la Siria se vió invadida por un poderoso ejército parto, conducido por Labieno y por el príncipe de la corona, Pacoro, y otros generales partos. Este ejército á consecuencia de la sublevacion de una parte de las antiguas tropas de Cayo, logró arrojar de Apamea (en el Orontes) al valiente gobernador Decidio Saxa (el cual huyendo encontró la muerte en Cilicia), y conquistar en el año 40 á Antioquia, hecho lo cual se dirigió hácia el Asia Menor.

En tales circunstancias, Antonio hubo de desprenderse de los brazos de la reina: con nueva energía dirigióse apresuradamente, en la primavera del año 40, hácia el Asia, cuya defensa contra los partos confió á Planco, y se apresuró á resolver ante todo la importante cuestion romana. En Atenas encontró á su mujer Fulvia: las noticias de la situacion que le dió aquella funesta, cruel, ambiciosa y furibunda mujer y las intrigas que sus auxiliares habian urdido, le exasperaron de tal manera, que después de haberles dirigido las mas duras reconvenciones les abandonó dejándoles completamente divididos entre sí. Resuelto á no promover una nueva guerra civil, rechazó los ofrecimientos de alianza que le hacia Sexto Pompeyo, quien, lo propio que otros pompeyanos y republicanos, veia que la situacion era entonces igual á la que preparó la lucha entre César y Pompeyo Magno. Octaviano, por su parte, habia confiado el Africa y seis legiones de Antonio á Lépido, que se habia mantenido fiel á la causa del triunvirato y preparaba la alianza con Sexto Pompeyo, casándose con Scribonia, hermana del suegro de éste, L. Scribonio Libon. Antonio, en cambio, tenia á su disposicion, gracias al auxilio de Domicio Enobarbo, una escuadra de 500 buques, con la cual, y á pesar de encontrarse su ejército en Macedonia, podia ejercer gran presion sobre la Italia, pues que Octaviano, si bien contaba con 34 legiones, carecia de buques.

Cuando Antonio, procedente de Corcira, se presentó en Brindis, pareció inevitable la guerra, tanto mas cuanto que en aquel momento no habia ningun mediador á propósito para arreglar la contienda. Brindis fué bloqueada, Sipontum tomada, y Pompeyo, á un aviso de Antonio, no solo se apoderó, en el verano del año 40, de Cerdeña, sino que atacó Turios y Consentia, mientras Agripa reconquistaba á Sipontum, y Antonio, en un combate de caballería, se indemnizaba de la pérdida que los pompeyanos habian sufrido en Turios. La repugnancia que los veteranos, deseosos de descansar, sentian por luchar mutuamente sin objeto claro para ellos, indujo á los grandes gobernantes á poner fin á la lucha. Un amigo de Octaviano consiguió la primera reconciliacion, tanto mas fácil, cuanto que la funesta Fulvia habia muerto en Sicione. Antonio envió á Domicio Enobarbo de gobernador á Bitinia, renunció de nuevo á la alianza con Pompeyo, y una comision compuesta de Nerva, Cayo Cilnio Mecenas y Asinio Polion, formó el tratado de Brindis. Con esto se restableció la paz, dividiéndose el poder de suerte que Antonio recibió la direccion de todo el Oriente y Octaviano la de Occidente, siendo el Adriático y la ciudad iliria de Scodra los límites que separaban los dominios de ambos. Lépido obtuvo el Africa, y se procuró que Antonio emparentara con Octaviano, á fin de poner el sello á la reconciliacion. Precisamente la hermosa Octavia, hermana mayor del joven triunviro, nacida en el año 71 ó 70, habia quedado viuda por muerte de su esposo Cayo Claudio Marcelo; y entonces esta mujer encantadora, instruida, y considerada como el tipo ideal de la belleza romana, se casó con Antonio.

De este modo se conjuró el peligro de una nueva guerra. Cuando se trató de atacar en comun á Sexto Pompeyo, la consideracion de los corsarios de éste que tanto perjudi-

caban al comercio y al tráfico de los romanos, y la cólera que en el pueblo produjo la idea de hacer nuevos aprestos de guerra, fueron lo que indujo á los imperatores, después de haber sofocado, no sin grandes trabajos, una sangrienta sublevacion popular, á firmar la paz con el señor del Occidente del Mediterráneo. En el verano del año 39 se firmó el tratado de Miseno, que, entre otras concesiones, puso á Pompeyo en legal posesion de Córcega, Cerdeña y Sicilia, le concedió además el Peloponeso y aseguró la amnistía y la rehabilitacion completa á sus secuaces, á excepcion de los asesinos de César.

Así se aplazó por entonces la gran lucha que habia de tener efecto entre Antonio y Octaviano, la cual parecia tanto mas definitivamente conjurada, cuanto que los nobles atractivos de una mujer como Octavia, que fué el ángel mediador entre el hermano y el esposo, podían servir de fuerte lazo de union, y cuanto que la situacion cada vez mas crítica del Oriente reclamaba la atencion de Antonio. Los partos habian ganado mucho terreno durante el año 40: su caballería, saludada con júbilo en todas partes y ante la cual Planco hubo de huir hasta el mar, penetró hasta el interior de la Caria, donde se encontraron con la feliz resistencia de Stratonicia. Sus escuadrones penetraron entonces en Frigia y Jonia, castigando Labieno con crueles violencias, entre las cuales se contó el incendio de Milasa, el levantamiento de esta, de Alabanda y de Laodicea. Entre tanto, Pacoro conquistaba la Siria y la Fenicia hasta Tiro y la Palestina, en donde se agrupaban alrededor del débil sumo sacerdote Hircano dos partidos que se disputaban la soberania, á saber, el antiguo partido nacional militar, dirigido por Antigono, hijo de Aristóbulo, y otro acadillado por los idumeos Fasael y Herodes, nombrados tetrarcas por Antonio, en 41, é hijos de Antipatro, á quien César en el año 47 habia nombrado *procurator* de Judea. Los partos pusieron en el trono á Antigono, quien asesinó á Fasael, y condujeron á Hircano á Babilonia, mientras Herodes huía á Roma, donde fué nombrado rey de Judea por los triunviro.

En tan críticas circunstancias, Antonio, durante la primavera del año 39, envió al Asia á su valiente legado P. Ventidio, excelente general que supo, poco después de haber desembarcado en el Asia Menor, sorprender á Labieno, arrojando á este aventurero y á sus desertores romanos hácia las gargantas del Tauro, y resistir con brillante éxito el ataque que le dirigieron los partos procedentes de Cilicia.

El ejército de Labieno fué completamente aniquilado durante su retirada, y en la fuga el miserable traidor á su patria cayó en manos del gobernador de Chipre, que le mandó dar muerte. Ventidio, después de haber reconquistado la Cilicia, derrotó por completo, en Amanos, un segundo cuerpo de ejército parto y libró, con esta batalla, á la Siria de la invasión iránica. Después, cuando en el año 38 Pacoro atravesó de nuevo el Éufrates, tuvo que aceptar en terreno desfavorable, junto á la fortaleza Gindaros, en Cirestice, un combate en el cual, en 9 de junio del año 38, aniversario de la muerte de Craso, su ejército fué totalmente destruido, pereciendo el joven príncipe con 20,000 de los suyos.

Antonio que, en el otoño del año 39, habia establecido su corte en Atenas, donde residia con Octavia, tuvo viva satisfaccion al recibir durante el invierno del 38 las noticias de la victoria que le enviaba su legado. Muerto Pacoro, dirigióse Antonio apresuradamente al Asia, obligó á Antiocho de Comagene á separarse de los partos y á ingresar de nuevo en la clientela romana, y después de haber destronado á Antigono, proclamó á Herodes señor de Judea. Hecho esto, regresó á Atenas, para observar de cerca los acontecimientos de Italia, donde se preparaba una nueva lucha entre Oc-

taviano y Pompeyo. Octaviano, poco después del tratado de Miseno, se habia dirigido á la Galia, donde era preciso sofocar la agitacion de algunas tribus aquitanas. Allí encomendó el feliz éxito de esta campaña á su amigo Agripa, el cual, desde el año 40 en que tan bien habia luchado en Perusa y habia sido nombrado pretor, fué durante mucho tiempo el mas firme apoyo de su poderoso compañero. Agripa dirigió con sumo acierto durante el año 38 los asuntos de las Galias, siendo el primer general romano que después de César atravesó el Rhin. Muy trascendental hubo de ser para lo porvenir el haber conseguido de los ubios, hostilizados por sus vecinos alemanes á causa de la amistad que con Roma les unia, que se trasladaran desde sus residencias de la orilla derecha del Rhin á la márgen izquierda y se estableciesen en la larga linea desde Coblenza y Andernach hasta Neuss. El núcleo de aquella tribu se fijó en el valle del Ahr y en la comarca de Bonn y Colonia, teniendo por capital la *civitas ó ara Ubiorum*. Pero Agripa, completamente adicto á Octaviano, cuidadoso de los intereses del Estado y de los del pueblo, dotado de infatigable energía, y de un valor á toda prueba, se habia hecho otra vez necesario en Italia.

XV.—GUERRA ENTRE OCTAVIANO Y POMPEYO. MUERTE DE POMPEYO. DERROTA DE LÉPIDO

En efecto, la paz con Pompeyo habia sido de muy corta duracion. Antonio se demoraba en evacuar el Peloponeso, y entre tanto lo devastaba con sus exacciones. Las recriminaciones entre Pompeyo y Octaviano se sucedian sin interrupcion con este motivo, cuando Octaviano se divorció de Scribonia para casarse con la hermosa Livia, cuyo esposo, Claudio Neron, la aconsejó se separase de él para unirse con el imperator. Sucedió después que el infiel almirante Menas entregó á Octaviano una parte de la escuadra de Pompeyo, con las islas de Córcega y Cerdeña, oponiéndose á que las devolviera, como el otro exigia, y por todas estas causas estalló de nuevo la guerra en el año 38. En un principio la suerte fué adversa á Octaviano: sin el apoyo de los otros triunviro dió en el verano de dicho año órdenes á dos escuadras para que desde Roma y Rávena se hiciesen á la mar y se reuniesen en las aguas de Reggio, en donde debian tomar el ejército de tierra para conducirlo á Sicilia. Pero el valiente almirante pompeyano Menócrates consiguió derrotar completamente en Cumas á la escuadra itálica occidental, y á su muerte, su sucesor Demócates derrotó en el estrecho de Sicilia á la escuadra de Oriente, que conducia á Octaviano, viéndose el resto destruido por una tempestad.

El año 38 habia sido funestísimo para Octaviano; pero mientras Pompeyo, dejándose alucinar por los triunfos conseguidos, se hacia festejar en Messana como «hijo de Neptuno», Octaviano, con la perseverancia y la tenacidad que le distinguian, llamó á Agripa, que se encontraba en las Galias, le hizo nombrar cónsul para el año 37 y le confió la mision de hacer grandes aprestos para una nueva expedicion marítima. Agripa, pasando al golfo de Cumas, hizo construir diques y canales, y fundó en los lagos Lucrino y Averno un puerto que fácilmente podia resistir los ataques del enemigo. Además en la primavera del año 36, Octaviano pudo contar con un nuevo apoyo: Antonio, á pesar de las disidencias que le ponian en pugna con su cuñado y á este con él, se habia reconciliado completamente con Octaviano, por la prudente intervencion de Octavia. Así fué, que en una conferencia celebrada en Tarento no solo se prolongó por cinco años mas el triunvirato, sino que se repartieron entre ambos imperatores las fuerzas para la lucha, recibiendo Antonio, que queria hacer enérgica guerra á los partos, 20,000 hombres escogidos de Octaviano, y este 120 buques de Antonio, mandados por

Statilio Tauro. Octavia, que se hallaba en los últimos meses de su embarazo, se dirigió á Roma, Antonio marchó precipitadamente al Asia, y Octaviano reanudó en 1.º de julio del año 36, con gran energía, la guerra de Sicilia, mientras Lépidio, con 12 legiones y 5,000 caballos abandonaba el Africa, desembarcaba en Sicilia y ponía sitio á Lilibeo.

Tampoco fué esta vez la suerte favorable al principio á Octaviano: el plan de hacer que sus dos escuadras adquirieran al mismo tiempo una fuerte posición al Este y al Sur de Messana, en Sicilia, y de arrojarse luego contra este punto principal de los pompeyanos, fracasó por completo: Agripa pudo conquistar las islas Eolias y fortificarse en Tindaris despues de una reñida victoria naval conseguida en Mile; pero en cambio la division mandada por Octaviano, de la cual tres legiones habian desembarcado en Tauromenion, fué completamente derrotada por Sexto Pompeyo. Cornificio, con aquellas tres legiones, pudo felizmente reunirse con Agripa. Octaviano salió de Reggio con todas sus fuerzas y se dirigió por Lipari á Tindaris, y Lépidio condujo su ejército desde Lilibeo hácia el extremo Nordeste de la isla, en donde Pompeyo concentraba todas sus fuerzas de mar y tierra. Pronto Lépidio comenzó á molestar á Octaviano con su arrogancia y sus contradicciones, y sobre todo con su inclinación á entrar en negociaciones con Pompeyo, el cual, para acallar con una victoria los clamores de los suyos, se aventuró en 3 de setiembre del año 36 á librar la gran batalla naval de Naulocos, entre Mile y el cabo Pelorum. El talento de Agripa y la gran resistencia y altura de sus buques pudieron mas, despues de una larga y reñida lucha, que los de los pompeyanos. Las hábiles maniobras de Agripa incomunicaron á Pompeyo con su ejército de tierra, por lo cual éste, que hasta entonces mas habia sido un favorito de la suerte que un hombre de Estado con grandes ideas, abandonó la lucha y se dirigió con 17 embarcaciones, único resto de su escuadra, hácia Oriente, y se estableció en Mitilene.

A la victoria de Octaviano siguió el rompimiento completo con Lépidio: éste, despues de la fuga de Sexto, habia conseguido la rendición de las ocho legiones pompeyanas de Messana, en virtud de la promesa que les hizo de dejarles tomar parte en el saqueo de la ciudad. Dueño entonces de 21 legiones exigió á Octaviano la evacuación de la isla de Sicilia; y cuando su negativa dió ocasion á escenas tumultuarias en que á duras penas pudo librarse Octaviano de los ataques directos de los lepidanos, comenzó éste á bloquear al ejército de su colega, y gracias á la impericia de Lépidio, derrotó, casi sin lucha, de tal manera á sus soldados, que se pasaron en grandes masas á su bando. Lépidio pidió entonces gracia para su vida, y Octaviano le obligó á renunciar á todos los honores civiles, conservando, sin embargo, sus bienes particulares y su dignidad de pontífice máximo. Lépidio despues vivió en completo olvido hasta el año 13, primero en Circey y despues de la batalla de Actium en Roma. Poco despues de la catástrofe de Lépidio, falleció Sexto Pompeyo: éste desde Mitilene, habia entablado negociaciones con Antonio, y despues, aprovechándose de la circunstancia de estar el imperator ocupado con la guerra de los partos, intentó, en el año 35, apoderarse del Asia interior; pero, derrotado en la lucha entablada con el legado de Antonio, fué hecho prisionero en Frigia y muerto en Mileto por orden de M. Titio.

XVI.—DALMACIA Y PANONIA. GUERRA DE ANTONIO CON LOS PARTOS

De esta suerte se iba simplificando la situación del Estado romano. La cuestión del porvenir era cuándo estallaría la animosidad que existía latente entre Octaviano y Antonio. Pero ninguno de los gobernantes tenia deseos de llegar á este punto. Octaviano, señor entonces de todo el Occi-

dente y contando con 45 legiones, 25,000 jinetes, 40,000 hombres de infantería ligera, y 600 buques, comenzó la tarea de restablecer la paz y de cicatrizar las heridas de la nación, siendo á la sazón su principal cuidado contentar las exigencias de los ambiciosos veteranos que pedían nuevas recompensas. Cuando hubo conseguido licenciar á 20,000 soldados y entenderse con el resto, pudo pensar en restablecer la disciplina en las tropas, un tanto insubordinadas; y cuando en 13 de noviembre del año 36, colmado por el Senado de toda clase de honores, de los cuales aceptó pocos, hizo su entrada triunfal en Roma, dió comienzo á aquella serie de medidas reconciliadoras, que solo habia de interrumpirse durante la última lucha entablada para conseguir la de la soberanía. Todas las sumas y prestaciones que se debían al Tesoro público fueron condonadas, declarando Octaviano ante el Senado y el pueblo que sus intenciones eran deponer lo mas pronto posible los poderes extraordinarios que le habian sido conferidos. Despues derogó una gran parte de las leyes excepcionales puestas en vigor. El Senado le concedió, como habia otorgado á César, una dignidad vitalicia igual á la de los tribunos, en virtud de la cual tenia asiento en el consejo de éstos y era como ellos sacrosanto é inviolable. Entonces pudo cambiar el papel de jefe de partido y de severo imperator por el de gobernante elegido de toda la nación. El restablecimiento de la paz general en Occidente, y del libre tráfico para la Italia, influyó de un modo favorable en la península, cuya vida y fuerza habian decaído desde la catástrofe de la muerte de César hasta la batalla de Naulocos, y el bienestar se restableció todo lo que podia restablecerse bajo una regencia. Con los actos personales de reconciliación coincidieron los cuidados de Octaviano para consolidar ante todo y de un modo enérgico la seguridad pública en Italia, que tanto habia decaído. Entonces estalló una guerra, que esta vez fué contra extranjeros enemigos de la nación. Desde el año 42 habia sido suprimida la provincia cisalpina, y de derecho público asimilada á la Italia, cuyos límites se extendían entonces, al Norte, hasta la falda de los Alpes, y al Este hasta el rio Formio, hoy Risano, junto á Tergeste, siendo entonces de importancia capital asegurar estos territorios del Este contra los ataques de las rústicas tribus dálmatas. La lucha sostenida en los años 35 y 34 por Agripa y Octaviano, y en 33 por Statilio Tauro, se habia visto coronada de éxito, lo cual era de gran importancia. Las tropas se acostumbraron al mando de Octaviano, dirigiéndose esta vez sus esfuerzos á un objeto mas noble que el de una eterna guerra civil, y consiguiendo, además de la sumisión de los dálmatas, nuevas posiciones importantes para la defensa del Oriente de Italia. En efecto, despues de vencidos los yapidios, sometiése una parte de los panonios, cuya capital Siscia (Sziszeck), situada en la confluencia del Culpa y del Save, fué una importante plaza fuerte para los romanos, y con ella adquirieron una posición que en un plazo mas ó menos largo, habia de hacerles conquistar la línea del Danubio, considerada ya por César como la futura frontera septentrional europea del reino itálico.

Al propio tiempo, emprendió Octaviano una serie de construcciones y de lugares de público divertimento en Roma, que, en parte, fueron comenzadas y completadas por Agripa. El año 33, en que éste fué nombrado edil, fué célebre por esto y por lo atención preferente que prestó á la construcción de cloacas, restableciendo los antiguos conductos y construyendo otros nuevos, con sus correspondientes depósitos y fuentes. La tarea que entonces se impuso Agripa y que mereció tambien en lo sucesivo sus cuidados, le atrajo la gratitud de los romanos.

Estas empresas y las otras de Octaviano fueron debidamente apreciadas por los romanos, que comenzaron á ver en él

al verdadero heredero de César y á menospreciar á Antonio, que entre tanto se habia desacreditado por sus hechos. Antonio, durante la primavera del año 36, se habia dirigido desde Tarento á la siria Laodicea, desde donde habia emprendido la gran guerra contra los partos. Las probabilidades de éxito que tenia eran muchas: su legado P. Canidio, desde el año anterior, habia atraído de nuevo á la alianza con Roma á los armenios, albanos é iberos; en Ctesifonte el anciano rey Orodes I, abatido por la muerte de Pacoro, habia abdicado la corona en favor de su hijo Fraates IV, hombre sanguinario que asesinó á sus hermanos, á su propio hijo y á su anciano padre, vengando así de un modo cruel los crímenes por este otro tiempo cometidos. Estos horrores produjeron gran indignación entre los partos, de tal suerte, que uno de los principales señores del reino, el príncipe Monneses, huyó al lado de Antonio, y le excitó para que comenzara la guerra, ofreciéndose como auxiliar suyo en la campaña.

Antonio habia reunido un ejército poderoso, compuesto de 100,000 hombres, de los cuales habia 10,000 jinetes hispanos y celtas, y 13 legiones con 60,000 soldados romanos, que le eran completamente adictos y tenían absoluta confianza en su talento militar. Por desgracia ante el peligro tan inminente el rey de los partos se reconcilió de nuevo con Monneses, y además Antonio incurrió en la falta de comenzar la campaña estando el año demasiado adelantado. Antonio, cuya indómita pasión por su amada egipcia habia ido poco á poco haciéndole olvidar los atractivos y la nobleza de Octavia, habia invitado á Cleopatra á reunirse con él en sus cuarteles sirios de invierno, perdiendo en este punto un tiempo precioso y cometiendo la locura, tan funesta para su situación como romano, de dar en feudo á la reina una serie de posesiones romanas, que la política de los Lágidas habia ambicionado desde los tiempos del primer Tolomeo. De esta suerte fueron puestas bajo la tutela del Egipto, Chipre, una parte de Cilicia, Fenicia, Celesiria y algunas porciones de los territorios judíos y nabateos. Cuando en el verano del año 39 Antonio emprendió la marcha, instruido por el ejemplo de Craso, quiso evitar las estepas mesopotámicas, é inaugurar la guerra por la Armenia, cuyo rey Artavasdes ponía á su disposición 16,000 jinetes y alimentaba la esperanza de vengarse de su enemigo el rey de la Media atropatena que estaba bajo la clientela de los partos. Artavasdes representó entonces un papel poco noble; pues, para salvar su territorio, condujo á los romanos hasta las fronteras medias por un camino mas largo y mas difícil. Entónces se aproximaba el otoño, que en aquellas ásperas comarcas se adelanta siempre; así es que cuando Antonio, lleno de impaciencia, quiso atacar á Frahata, capital de la Atropatene, los partos le aniquilaron dos legiones que conducidas por Oppio Statiano, custodiaban el parque de sitio. Frahata solo podia ser tomada con un sitio en regla, sitio que se intentó, pero del cual hubo de desistirse al poco tiempo. Y mientras Artavasdes, que ya no quiso comprometerse contra los partos, huía con su caballería, los partos evitaban toda batalla campal con los romanos. Cuando por último el invierno y la carestía obligaron á estos á firmar un tratado, por el cual debían emprender la retirada, tratado que despues no respetaron los partos, solo el auxilio de un itálico, que habia permanecido en aquellos territorios desde los tiempos de Craso, y que fué caudillo fiel, y los avisos de Monneses pudieron salvar á Antonio de una completa ruina. Despues de muchas fatigas y combates, no siempre afortunados, con los perseguidores partos, llegó por fin el ejército, á los 27 dias, á las salvadoras orillas del Araxes armenio. Las buenas condiciones de las tropas y el talento militar de Antonio habian hecho que este ejército no

sufriera la misma suerte que el de Craso. La expedición, sin embargo, habia costado 24,000 hombres, sin contar con las 8,000 bajas que ocasionaron en él las enfermedades en Armenia y durante la retirada. La guerra, comenzada con tantas esperanzas, habia tenido un éxito por demás desgraciado. Antonio tenia en sus manos el medio de reparar esta pérdida en una nueva campaña; pero el desaliento que se apoderó de los suyos por una parte, y por otra la desconfianza y los celos que se levantaron en su ánimo contra Octaviano, debilitaron su energía para con los partos. Sobre todo su diabólica pasión hácia Cleopatra, hizo insostenibles sus relaciones con Roma.

En un principio se trató formalmente de reanudar la guerra contra los partos, tanto mas cuanto que el rey de la Atropatene, disgustado entónces con la corte de Ctesifonte, ofrecía su alianza á Antonio. Pero en Roma, y especialmente en la corte de Octaviano, produjo desagradable efecto que Antonio, desde Atenas, ordenara su regreso á Roma á Octavia, que queria llevar á su esposo un importante auxilio en dinero, armas, material de guerra y 2,000 jinetes perfectamente equipados. Aceptó sin embargo estos socorros; y en el año 34 inauguróse la nueva campaña, cuyo único objeto era someter la Armenia, como así se consiguió. Antonio se presentó en Artaxata, hizo prisionero á Artavasdes, derrotó á su hijo Artaxias, obligándole á huir á la Partia, se apoderó de todo el territorio y recompensó á sus aliados asiáticos. Además arregló los asuntos del Asia de tal suerte, que dió á Deyotaro, hijo de Deyotaro de Galacia y padre de Castor (muertos respectivamente en los años 40 y 36), la Paflagonia interior, á Amintas la Galacia, la Frigia oriental, la Pisidia, la Licaonia, la Isauria y la Panfilia. Una parte del territorio pónico, desde el Termodonte hasta Citeorum ó Cotiora, que llevaba el nombre de su capital, Ponto Polemoniaco, el territorio de Trapezunte, las comarcas de Ziela y Neocesarea, y la Pequeña Armenia fueron asignadas al príncipe Polemon. En el año 33 firmóse una sólida alianza con el rey de la Atropatene, alianza que tenia por objeto no solo ir contra los partos, sino contra el mismo Octaviano.

Sucedíanse entonces con harta frecuencia los hechos por los cuales Antonio mostraba muy claramente que se hallaba dominado por los atractivos de Cleopatra y que habia dejado de ser romano, no solo en lo que á las costumbres y al género de vida se refería, sino hasta en olvidar los intereses de Roma en pro de su amada. Roma consideró como grave injuria que Antonio, despues del éxito conseguido en el año 34, hiciera con el prisionero Artavasdes su entrada triunfal en Alejandria, y mas cuando enriqueció esta capital con el botín del Asia y la biblioteca de Pérgamo, y no titubeó en poner á Cleopatra, como «reina de los reyes», en posesión de sus antiguos dominios, ni en nombrar al hijo de esta y de César (Tolomeo Cesarion) co-regente, ni en ceder á los hijos que de ella habia tenido las comarcas del Oriente.

Este fué el principio del fin. Con el año 33 comenzó una animada correspondencia entre Octaviano y Antonio, en la cual ambos personajes se dirigieron mutuamente las mas duras reconvenções por la conducta política seguida desde el año 36. Era, pues, inminente una guerra decisiva. Antonio en el año 33, despues de la expedición armenia y de la conclusion de la alianza meda, marchó á Efeso é hizo los preparativos necesarios para llevarse la escuadra y el ejército, siguiéndose luego los incidentes políticos que dieron por último ancho espacio á la guerra. Antonio, llegada la época en que, segun el cálculo de los romanos, terminaba el triunvirato (año 33), se ofreció á cesar en su cargo con tal que Octaviano hiciera lo propio; pero no habiendo obtenido éxito esta proposición, Antonio, que de Efeso habia pasado á Samos y de allí, durante